

# BOLETIN

DE LA

Academia de Ciencias Políticas y Sociales

Tomo II - Enero - Marzo, 1937 - No. 1

Caracas - Venezuela

---

---

## ENSAYO SOCIOLOGICO ACERCA DE LOS PARTIDOS POLITICOS EN VENEZUELA

*(Fragmento)*

....Un partido político militante es, pues, un conjunto de hombres de una misma nación, que profesan iguales ideas políticas y tratan de conquistar el poder para realizarlas.

.....

Es sin duda un error suponer que una democracia pueda existir indefinidamente sin la coexistencia de los partidos políticos. El descrédito, casi siempre justificado, en que estos han caído, es la causa de aquella ilusión o engaño. La desaparición de los partidos políticos, en una democracia organizada, no puede ser sino transitoria. Ella es, a veces, útil y aun necesaria, como que puede obedecer a causas poderosas y urgentes, pero en ningún caso podría ser indefinida. La democracia es un régimen que implica cierto grado de civilización y de cultura; y es cosa comprobada que, mientras más avanzado es el estado social de un pueblo, tanto más divididas se encuentran las ideas y opiniones. Y es, en síntesis, la

agitación de aquellas ideas y la consiguiente división de estas opiniones, lo que constituye las células de formación de los partidos políticos. En los pueblos primitivos, y en los que aún se encuentran en estado salvaje, las corrientes de opinión son, por el contrario, casi nulas: y de ahí que tales pueblos no puedan ser gobernados democráticamente, sino por medio de una minoría inteligente, fuerte o hábil: vale decir, aristocráticamente.

.....

Otra grande ilusión sería pretender que los partidos políticos puedan formarse o desaparecer por medio de un simple decreto. No. Los partidos políticos tienen, si así puede decirse, su Biología; y obedecen a leyes más o menos imperiosas e ineludibles en su formación, crecimiento y muerte, como cualquiera otro organismo social. Los movimientos colectivos que dan origen a los partidos políticos no pueden ser determinados artificialmente, sino que se verifican de un modo natural y espontáneo, ya sea que la asociación primitiva se realice primero en el seno de las multitudes, para elegir después al Jefe que represente mejor la orientación general, o bien —y este es el caso más frecuente— que sea el prestigio, el verbo, la influencia avasalladora del Jefe la que hace congregarse en torno suyo y bajo su dirección a un núcleo de individuos que persiguen un mismo ideal político, económico o religioso, y que creen poder obtener así más fácilmente un cierto número de ventajas morales o materiales, para sí mismos o para el país a que pertenecen. Lo cierto es que, en uno u otro caso,— según parece demostrado por la Sociología y por la Historia— los partidos políticos se rigen por determinadas leyes sociales, de las cuales aparecen como más importantes las que siguen.

Desde luego, *la lucha por el poder*: he ahí la ley fundamental, a la cual no es posible que escape ningún organismo militante. Puede acontecer a veces, y sucede

en efecto, que a un partido político se le ofrezca el poder y lo rehuse, pero esta negativa no puede ser sino transitoria, casuística, momentánea. Lo que pasa en realidad es que ese partido no quiere asumir las responsabilidades del momento político, o que teme un fracaso capaz de consolidar el prestigio de sus adversarios, o que no tiene las fuerzas necesarias para gobernar sólo y no quiere entrar en coalición con otro u otros partidos cuyas tendencias rechazan sus principios doctrinales. En todo caso no se trata sino de una negativa pasajera; la abnegación, la abstención absoluta del poder sólo sería concebible en una agrupación teórica.

Otra ley, consecuencia rigurosa de la precedente, es la que podríamos enunciar con el nombre de *ley del número*, en virtud de la cual todo partido político está en la imperiosa necesidad de procurar el aumento, hasta el máximo posible, del número de sus adherentes. Como el sufragio es la base de todo gobierno democrático, y la democracia no es, en fin de cuentas, sino el gobierno de las masas, resulta perfectamente explicable bajo este régimen el imperio de la ley en referencia. Pero lo curioso es observar que los mismos partidos que se han declarado abiertamente antidemocráticos, como son los partidos revolucionarios que se han apoderado del poder por medio de la fuerza, y los partidos llamados de *élite* que proclaman el imperio de las minorías inteligentes y fuertes sobre las masas, con prescindencia absoluta de las teorías igualitarias, todos ellos sienten igualmente, por encima de sus ideologías respectivas, la irresistible necesidad de ir hacia la opinión pública y de halagarla con el fin exclusivo de aumentar el número de sus partidarios. Todos los partidos políticos, en el momento en que necesitan hacer el balance de sus fuerzas, son capaces de entrar en componendas y de hacer concesiones teóricas, aun en detrimento de la pureza de sus doctrinas, con el fin de atraerse el mayor número posible de

adherentes. Y es así como se explica la visible paradoja, un tanto desconsoladora por cierto, de encontrar muy a menudo a espíritus verdaderamente liberales entre los conservadores, a grandes reaccionarios entre los radicales, a muchos librepensadores entre los católicos, y a respetables capitalistas en los partidos de las clases proletarias.

Y sin embargo, a pesar del espíritu necesariamente gregario, digamos así, de todos los partidos políticos modernos, una atenta observación sociológica acusa en ellos, a manera de fatalidad histórica, una marcada *tendencia a la oligarquía*, que viene a constituir otra ley social, apenas disimulada en ocasiones por engañosas apariencias democráticas. No de hoy, sino de todos los tiempos, —ha dicho alguien— ha sido la invencible necesidad en que los hombres se han encontrado, cada vez que han tenido que acometer una empresa importante, de someterse, de grado o por fuerza, a la suprema dirección de un jefe. No son, pues, solamente los partidos de la postguerra, que han dado en proclamar la necesidad de los gobiernos fuertes por encima de toda ideología libertaria, ni los llamados partidos aristocráticos o de *elite*, los únicos que sufren ostensiblemente de la tendencia oligárquica, son los propios partidos avanzados de la democracia los que la acatan también cuando, para el mejor funcionamiento de las grandes masas obreras, se someten voluntariamente a la dirección, cada vez más personal y más fuerte, de sus jefes, de sus comités, o del pequeño núcleo directivo de sus sindicatos. Pero no es ésta la única forma en que se manifiesta la tendencia a la oligarquía: es en el seno mismo de los partidos en donde se puede observar con exactitud que el deseo imperioso —yo diría más, yo diría la necesidad— de cada uno de ellos, es de ir al poder solos, sin componendas ni coaliciones de ningún género, a fin de sustituirse en lo posible al Estado, tratando de formar todos los organismos

de éste con sus propios partidarios, y procurando así, de un modo neto y homogéneo, la realización integral de su programa.

Se trata pues, según expresa el profesor Michels, de dos límites extremos entre los cuales oscila sin cesar el péndulo de los partidos políticos; de un lado, el predominio del número, o de la masa; del otro lado, la necesidad de la homogeneidad, del comando único, de las individualidades descollantes. Y entre los dos extremos se encuentra, como centro de gravedad, la ley fundamental de que ya hicimos mención: la necesidad de conquistar el poder y constituir el Estado.

Los partidos solo desaparecen de la escena política de un pueblo cuando dejan de corresponder a las aspiraciones cifradas en ellos; y es entonces cuando nuevas aspiraciones o necesidades aparecen y presiden el nacimiento de nuevos partidos. Pero —ya se ha dicho— no es posible decretar artificiosamente ni la epifanía de los unos ni la muerte de los otros.

Desgraciadamente, acaeció a Gómez lo que a través de todas las épocas de la historia vemos que ha acaecido a todos los hombres que han ejercido un poder personal y sin control. Parece ser una fatalidad sociológica que esta clase de poderes tiendan siempre a engrandecerse y a ensanchar cada vez más la órbita de su acción hasta el preciso momento en que ha de comenzar el período de su decadencia o de su desaparición. Las dictaduras, que no son sino estados de hecho impuestos por reclamos perentorios de los pueblos en períodos más o menos transitorios de descomposición social, y que, por eso mismo, están llamadas muchas veces a realizar una función útil de reajuste y de orden, tienen todas sin embargo el gravísimo peligro de ir siempre más allá de los límites que señalan las necesidades sociales y políticas a las cuales

debieron su nacimiento. El error fundamental de Gómez consistió en creer que había fundado un régimen o sistema político con carácter definitivo y perdurable. El mismo error— y en él más disculpable que en los demás —de aquellos que se dieron a pregonar la imposibilidad para Venezuela, y para otros países afines de América, de una vida civil organizada en un sentido de orientación y aprendizaje democrático. Porque no a otra conclusión conduce la tesis del “Gendarme necesario”, dogmáticamente formulada como un principio sociológico arrancado a nuestras condiciones étnicas y a nuestras realidades ambientales. Esta tesis, llevada hasta las últimas consecuencias, conduciría al absurdo de negar para estos pueblos la posibilidad y la necesidad de una evolución política y cultural de perfeccionamiento, evolución que no es posible realizar dentro de la dictadura, porque la dictadura no crea civismo.

Desaparecido el General Gómez en diciembre de 1935, el torrente de las aspiraciones populares, largos años contenido y represado, rompió los diques y comenzó a recorrer todo el organismo de la República en forma de venganzas colectivas y en claros y hondos anhelos de renovación y libertad. Fué una suerte para Venezuela que el Poder pasara a las manos de un hombre moderado y culto, que procuró evitar y reprimir aquellas, a la vez que encausar las nuevas corrientes de la democracia. No negamos que la evolución hacia la libertad se hubiera realizado de todos modos en definitiva, pero sí aseguramos que, si en lugar del General López Contreras— demócrata convencido— en el cual encontró apoyo la nueva orientación, el poder hubiera caído en manos de un sargentón sin cultura, es evidente que la evolución se habría retardado y que solo se hubiera abierto paso a través de una nueva etapa de luchas, prisiones y martirios. En realidad, pues, el afán, el anhelo, la necesidad de ir hacia una experiencia democrática de Gobierno se exte-

riorizó en dos sentidos complementarios: de abajo para arriba y de arriba para abajo. El propio Presidente de la República, en el llamado Programa de Febrero, aconsejó e instó al pueblo de Venezuela a organizarse y a agremiarse; y la respuesta no se hizo esperar. Asombra que el venezolano, tan individualista de suyo, y con tan poco sentido de solidaridad y de asociación, se aprestase casi incontinenti a realizar un magnífico ensayo de lucha y de política gremiales. Fué por esta misma época cuando comenzó a apuntar en el horizonte de la política venezolana la integración de un núcleo de hombres que adoptó el nombre de ORGANIZACION VENEZOLANA (Orve), del cual surgieron más tarde el llamado Partido Republicano Progresista, la Unión Nacional Republicana y el grupo inicial de orvistas que permaneció asociado bajo el mismo nombre de Orve y que se constituyó legalmente como Partido Político. A poco andar, y debido —según declaraciones oficiales— a la circunstancia de hacer propaganda comunista, el Gobierno canceló el permiso legal para actuar como Asociaciones Políticas a Orve y al Partido Republicano Progresista, quedando solamente de aquellos nuevos bloques de opinión, como un verdadero Partido Político, de actuación democrática y legalista, la Unión Nacional Republicana.

El espíritu de organización y de lucha de los hombres nuevos, y el hondo temor que se apoderó de las derechas, y de aquellos hombres que pudiéramos calificar como del Centro, ante el avance innegable de ciertas prédicas peligrosas de revolución social que iban apoderándose visiblemente, sin límites definidos y sin posible control espiritual, de las masas populares, fueron factores esenciales para que ensayasen por su parte organizarse de nuevo, y surgiesen al campo de la lucha, el viejo Partido Liberal Amarillo, el Partido Nacionalista (Parnac), y la denominada “Liga de Defensa Nacional” o más propiamente, Liga contra el comunismo, que constituyó

un grupo ecléctico, de marcado matiz derechista, pero que no tuvo las características de un auténtico Partido Político.

Tal es, a grandes rasgos, el panorama actual de los partidos políticos en Venezuela. Y a su lado, núcleo animador y fuerte, núcleo inicial de gestación y propulsión de todos esos partidos, no es posible preterir la acción sostenida, organizativa y brillante de las Asociaciones Estudiantiles de Venezuela, que hoy desgraciadamente se encuentran divididas en dos grandes sectores: el sector izquierdista de la Federación de estudiantes, y el sector derechista o centrista de la Unión Nacional Estudiantil. Particular y señaladamente fué la Federación de Estudiantes de Venezuela el gran núcleo primitivo que dió, antes que todos los otros, pruebas evidentes de un espíritu militante, organizador y combativo en las primeras batallas por la democracia. Desgraciadamente acaeció que se filtraron en las filas de la federación numerosos elementos de ideas extremistas, y el Gobierno Nacional juzgó necesario cancelarle el permiso legal que tenía para actuar como agrupación política.

Es obvio que en el país existen necesariamente las dos grandes corrientes de la evolución humana: la tradicionalista, la quietista, la conservadora, la religiosa o derechista, en fin, y la evolucionista, la innovadora, la izquierdista, para darle el término que está más de moda. De poder dividir al pueblo venezolano en dos grandes grupos políticos, perfectamente definidos, e ideológicamente separados por un abismo insalvable, esa sería la única división profunda y verdadera. Pero ante esa gran separación teórica y esquemática, que la realidad social complica en mil matices, es curioso observar, primero, que nadie quiere confesarse absolutamente derechista en el sentido de la estagnación y del comodismo inerte, tan característico del sector humano que se siente tranquilo y feliz en sus posiciones adquiridas; y segundo, que resul-

ta raro encontrar una sola persona que no quiera aparecer como partidaria de las reivindicaciones sociales de la hora, y ser así, en cierto sentido, de alguna manera izquierdista. En parte por estas razones, y en parte también por un sentimiento de *seguridad* y por carencia de capacidad organizativa, lo cierto es que constituye un fenómeno realmente interesante, en (el actual momento político, la ausencia absoluta de una concentración de las derechas venezolanas en un partido político militante. Ni siquiera el factor religioso, con ser tan importante, resulta suficiente a demarcar los límites precisos entre las dos tendencias apuntadas: no es difícil, en efecto, encontrar espíritus religiosos y aun clericales entre aquellos que a sí mismos se proclaman izquierdistas, y espíritus incrédulos y libres de prejuicios entre las derechas .

Todas las agrupaciones, pues, que, con el nombre de Partidos Políticos se han constituido, o bien, se han reconstituido, después de la desaparición de la Dictadura, pertenecen, según la catalogación política del momento, al Centro o a la Izquierda. Si en pasado no muy lejano, por ejemplo, el partido liberal y el nacionalista hubieran sido calificados de partidos de izquierda, por sus aspiraciones democráticas, por sus ideas religiosas y por su espíritu de libertad, hoy apenas si se les podría colocar en el Centro, dada su posición de equilibrio ante las grandes agitaciones del momento, ante el nuevo concepto de la propiedad, ante los reclamos incessantes del proletariado, y ante las reivindicaciones sociales y multitudinarias de la hora... Y con todo, para que estos dos partidos, que tienen sus vinculaciones y sus responsabilidades en el pasado, hayan podido cobrar una apariencia de vida organizada y estable, forzoso les ha sido introducir en sus programas, siquiera en una forma no muy bien definida todavía, algunos postulados de Justicia Social. La Justicia Social es hoy la bandera de las masas. Son muchos, son incontables los que abu-

san de esa bandera, pero es indudable que si aquellos viejos partidos no hubieran procurado introducir en sus ideologías respectivas un nuevo contenido social, no habrían podido incorporarse de nuevo a la vida política de la nación. Pero debo repetir aquí que considero efímera la vida de estos partidos, que no les encuentro ningún arraigo firme y hondo en la conciencia popular, que un balance razonable de su pasado está muy lejos de serles favorable; que no hay en ellos nada que sea capaz de arrastrar tras sí las corrientes populares, que el recuerdo del caudillismo histórico a que fueron tan adictos atraviesa un paréntesis de franca repulsión, y que, si los dos partidos en referencia, en fin, pudieron ser silenciados, apabullados y disueltos durante treinta años, sin que diesen ninguna señal de vida, ni espiritual ni material, es sencillamente porque ya esos partidos están muertos en la conciencia pública, y lo único que pueden hoy lograr algunas respetables personas que se empeñan en revivirlos, es darles una vida artificial de componendas y entusiasmos personalísimos, pero en definitiva una vida efímera... Si a una gran mayoría de los adherentes a esos partidos les resulta tan fácil el ingresar o salir de ellos, sin que estos actos impliquen ninguna violencia ejercida sobre sus convicciones, es evidente que no existe entre la entidad política y totalitaria del partido y sus adherentes el vínculo sólido y profundo que sea capaz de mantener, a través de luchas y dificultades, la integridad, la cohesión, la vida misma del grupo.

No es aventurado afirmar que los únicos partidos militantes que han tenido en Venezuela, en estos últimos tiempos, una disciplina bien controlada, una táctica de acción, un programa definido y un órgano de publicidad y propaganda, han sido, primero, el Partido Republicano Progresista, y luego, el Partido Orvista, (Orve). Ambas agrupaciones llegaron a impresionar hondamente el alma de las multitudes; ambas supieron apro-

vechar a tiempo los resortes íntimos y poderosos de la reacción del pueblo venezolano contra la dictadura, contra el peculado, contra todos los vicios y abusos del régimen pasado; ambas pusieron ante los ojos deslumbrados del pueblo el fantasma del imperialismo en todas sus fases y el brillante señuelo de las reivindicaciones obreras y campesinas; ambas ofrecían luchar hasta la muerte antes que consentir en la implantación de una nueva tiranía; y ambas, en fin, fingieron olvidar “que no es posible un tirano sino allí donde hay una mayoría de hombres susceptibles de soportarlo”, para, enarbolando a todos los vientos la bandera de la democracia, y parapeteándose así dentro del llamado “programa mínimo”, ir directamente, en el momento preciso, y mediante la constitución de un Frente Único de las Izquierdas, hacia el viraje integral del comunismo, y hacia el entronamiento por consiguiente de una de las más infames y sangrientas Dictaduras que registra la historia: la mentirosamente llamada “Dictadura del proletariado”.

El juego desplegado por el Socialismo integral era visible; y si el Gobierno Nacional tardó tanto en aplicar a algunos de los dirigentes comunistas filtrados en Orve y en el P. R. P., las sanciones establecidas por la Constitución Nacional, no fué seguramente por ignorancia sino por hábitos de moderación y de prudencia. Convencido al fin el Gobierno de la inutilidad de sus esfuerzos en el sentido de atraer a los jóvenes comunistas y comunizantes al camino de la lucha genuina y exclusivamente democrática, optó, en acatamiento a una sentencia judicial, por disolver las mencionadas agrupaciones políticas de izquierda.

Fué en verdad una fortuna para la República que los líderes y directores comunistas cometiesen tantos errores de táctica y tantas faltas de pericia: desde el visible desacierto en que se incurrió al proclamar ilegalmente la huelga política de junio retro-próximo, y cu-

ya duración se prolongó más allá de los límites prudentes que indicaban los escasos medios de resistencia, pasando luego por el tono irreprimible y continuo de agresividad con que se atacaban todos los intereses creados, y más o menos legítimos de la nación, y terminando finalmente con la impaciente injusticia con que se atacaban sistemáticamente los actos todos del Ejecutivo Federal y de los Gobiernos Regionales que disintiesen abiertamente de sus propósitos extremistas. Las cartas fueron puestas sobre la mesa, y la jugada era clara: si a un Gobierno que, después de tantos años de autocracia, abre el compás de la vida ciudadana, permite y sostiene la libertad de la prensa, garantiza los derechos individuales, y lanza al público, y comienza a cumplir, un Programa de Gobierno como el de Febrero, de un espíritu manifiestamente socializante, y empieza a parcelar las tierras, emprendiendo así por la primera vez en el país una auténtica experiencia de reforma agraria, y si a todo esto no se responde sino con los gritos desatemplados de: opresión!, despotismo!, tiranía!, etc., y a los actos oficiales no se opone sino una crítica demoleadora, y no se pierde ocasión de fomentar la anarquía, y el desorden, y la lucha de clases, entonces, es lógico concluir que de lo que se trata no es de implantar la democracia, sino de ir, a través del tumulto y los motines, a la conquista del Poder, para en el poder desarrollar la mascarada trágica del comunismo.

¿Cuáles son las conclusiones a que podemos llegar en este estudio? Son dos las tendencias igualmente poderosas que han venido guiando a Venezuela a través de su historia independiente: la una parece haberla conducido siempre fatalmente hacia las dictaduras militares, autocráticas u oligárquicas; la otra, en cambio, es aquella que condensa y cristaliza en el expediente bárbaro de las contiendas civiles la protesta contra aquel régimen y la esperanza de un gobierno legal en una so-

ciudad civil. Ambas orientaciones tienen clavada la raíz en la realidad nacional. En medio a tales fluctuaciones, y realizando lentísimos progresos, es como se va formando la conciencia colectiva a medida que se funden los diversos elementos étnicos y que se avanza en el sentido de una nivelación más alta de cultura popular. Pretender que Venezuela, mientras no cambien sus condiciones étnicas, no puede ser gobernada sino por un *gendarme*, equivale a condenarla a un perpetuo estado de atraso, puesto que bajo el imperio del Gendarme todo progreso cívico es nulo y todos los resortes de la democracia están rotos. El desorden, la anarquía, la desintegración social arrastran consigo, en un momento dado, al despotismo, pero los despotismos también traen consigo el hondo clamor de las protestas y de las reacciones saludables. Solo así se explica que el progreso democrático, apesar de sus eclipses transitorios, no se detenga nunca...

Ahora bien: los partidos políticos no son sino corrientes de opinión en el seno de una sociedad, y no tienen por consiguiente sino un valor de relación con respecto a la estructura social y política de un pueblo determinado, en una época también determinada. Los partidos políticos de Venezuela no pueden, pues, reflejar, mientras no suba el nivel de nuestra cultura, sino la indecisión que nace de la falta de convicciones y el ambiente saturado de personalismo y escaso de ideario en que nos hemos venido debatiendo hasta el presente.

De ahí lo peligroso de las desviaciones populares bajo la influencia de líderes extraviados por el fanatismo. De ahí la necesidad de una tutela esclarecida y firme en el Gobierno. De ahí también, en fin, el deber que se impone a los hombres inteligentes y patriotas del país, de aprovechar las excelentes disposiciones del actual Gobierno de la República en pró de las conquistas democráticas, para ir hacia la constitución de un gran núcleo político de orientación ciudadana, de educación popular,

de instrucción cívica, de reivindicaciones de justicia social dentro del orden y de lo posible, en una razonable graduación creciente, y de lucha franca, sostenida y abierta contra toda regresión y contra todos los fanatismos que pongan en peligro las libertades adquiridas.

*Cristóbal Benítez.*

Profesor de Sociología en la Universidad Central de Venezuela.

---